



Bésame en mitad de la tormenta

SARAI MARTÍN

*Bésame
en mitad
de la
tormenta*

SARAI MARTÍN



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-57-9
Depósito Legal: CS 763-2025

© del texto, Sarai Martín
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, María Coma

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Para todas esas personas que son nuestra
calma en mitad de la tormenta,
gracias por mantenernos a flote.*

«El amor es un acto de rendición a otra persona».

Alan Watts

Así suena la historia de Olivia y Nate

Monday - Imagine Dragons
Enchanted (Taylor's Version) - Taylor Swift
The City - Ed Sheeran
Rewrite The Stars - Zac Efron, Zendaya
My Heart Is Open - Maroon 5, Gwen Stefani
Me has invitado a bailar - Dani Fernández
Break My Heart - Dua Lipa
I Didn't Know - Sofia Carson
Fix You - Coldplay
Easy (with Noah Cyrus) - Demi Lovato, Noah Cyrus
Through the Dark - One Direction
Never Gonna Give You Up - Rick Astley
Life Goes On - Ed Sheeran
Save My Life - Niall Horan
Troubled Waters - Alex Warren
Lost in Your Love - Richard Parka - Stephen
Cousins - Alan Watts
Coming Back For You - Maroon 5
Walking in the wind - One Direction
Wrecked - Imagine Dragons
Sparks Fly (Taylor's Version) - Taylor Swift
Lonely - Imagine Dragons

**Everything Has Changed (feat. Ed Sheeran) (Taylor's
Version) - Taylor Swift, Ed Sheeran**

Only - Imagine Dragons

I'll Be Waiting - Cian Ducrot

Million Days (Acoustic) - SABAI, Hoang, Olivia Ridgely

Sugar - Maroon 5

I Almost Do (Taylor's Version) - Taylor Swift

Prólogo

A punto de cumplir los treinta, sentía que no había logrado, ni mucho menos, lo que se esperaba de alguien de mi edad.

¿Trabajo? Sí. Pero no el de mis sueños. Gracias al abandono de mi madre cuando tenía nueve años y a la enfermedad que acompañaba a mi padre desde hacía más tiempo del que podía recordar y que le había hecho dejar su puesto en el cuerpo de bomberos de Londres, ni siquiera tuve la opción de pensar qué quería hacer con mi futuro: si quería estudiar para ser médico, abogada o profesora o si quería montar mi propio negocio como una peluquería canina o una librería; directamente me vi obligada a ingresar en el maravilloso mundo laboral en cuanto llegué a la edad permitida para tener un contrato a mi nombre. Servir pintas y platos de *fish and chips* cada día estrictamente en The Nimble Beagle me ayudaba a pagar las facturas y a mantener la nevera más o menos llena. El sueldo que Riley me pagaba al final de cada mes no iba a

conseguirme un Ferrari a corto plazo, pero era suficiente como para poder seguir permitiéndome vivir en mi pequeño apartamento de Castletown Road —herencia de mi abuela materna— y darme algún que otro capricho.

¿Amigos? Ni siquiera sé si soy capaz de dar una respuesta coherente a esta pregunta. Claro que había tenido amigos, de esos con los que quedas a tomar unas cervezas los viernes al terminar de trabajar, con los que te ríes hasta que la tripa duele y las lágrimas salen disparadas. También alguna amiga en la que poder confiar a ciegas, a la que le cuentas con pelos y señales cada acontecimiento nuevo en tu vida. Pero ya no. Todos ellos resultaron ser del tipo de amigos que se distancian con el paso del tiempo, de los que van encontrando nuevas prioridades y no dejan un hueco en su día a día para ti. Solo podía contar con Ashley y Jake, mis dos compañeros de barra. Se interesaban por el avance, cada día a peor, del cáncer que consumía a mi padre, intentaban distraerme cuando no pasaba por mi mejor momento y yo les respondía de la misma manera: preocupándome por el estado de sus relaciones, asegurándome de que estaba ahí para escucharlos y ayudarlos a desahogarse cuando lo necesitaran. Pero, al acabar el día, cuando el pub echaba el cierre, éramos solamente eso: compañeros de trabajo que se apoyaban entre ellos porque pasaban demasiadas horas juntos.

¿Pareja? Rotundamente no. La compañía masculina había dejado de interesarme en el momento en que el chico que había conseguido robarme el corazón había decidido, de

manera unilateral, acabar con la relación que habíamos mantenido desde hacía unos años; dejemos las razones de la ruptura a un lado. El amor jamás había sido una prioridad en mi vida —tampoco había habido hueco para ello—, pero, después de Luke, tenía más claro que nunca que ocupaba el último lugar y no tenía en mis planes hacer nada para evitar que siguiera ahí durante mucho tiempo.

Llevaba una vida bastante solitaria y tranquila. Todo se reducía a ir de casa al hospital, del hospital al trabajo y del trabajo de vuelta a casa, haciendo, quizás, otra visita al hospital. Y, cuando podía tomarme un pequeño descanso, disfrutaba, por enésima vez, de alguna película de dibujos animados sentada en mi sofá con un buen cuenco de palomitas, escuchaba en bucle las canciones de Imagine Dragons mientras quitaba el polvo acumulado en las estanterías del salón o paseaba por mi ciudad favorita en el mundo sin un rumbo fijo.

Hasta que llegó él. Que irrumpió en mi vida como esas tormentas de verano que llegan sin avisar y arrasan con todo lo que se les pone por delante.

Aquel chico con cara de niño bueno apareció para enseñarme que hasta el corazón más hecho trizas puede recomponerse si recibe los cuidados adecuados.

Capítulo 1

Olivia

Aunque la lluvia nos había dado una tregua y el sol había decidido aparecer en el cielo despejado de nubes de Londres, hacía frío en aquel día de finales de octubre.

Me calcé unas botas de estilo militar y me colgué el bolso cruzado por encima de la parka negra que solía usar a diario porque tenía capucha y era impermeable, lo que me permitía no tener que salir de casa siempre cargando con el paraguas; algo que odiaba demasiado y que era prácticamente imprescindible en la capital británica. Antes de salir de casa, me abroché la cremallera hasta arriba y me enrollé una bufanda de lana *burdeos* alrededor del cuello para evitar pillar un catarro a primera hora de la mañana. Cerré con las llaves y las guardé en el bolso antes de colocarme los auriculares y darle al *play* a mi lista de reproducción de favoritos. La música de Taylor Swift fue la elegida para acompañarme aquella mañana

hasta la estación de metro más cercana a mi casa: West Kensington. Unos quince minutos más tarde, estaba saliendo del transporte en Sloane Square para buscar la parada del autobús que me dejaría en el Royal Trinity Hospice en una media hora.

Me sabía de memoria el trayecto, pues, en las últimas dos semanas, lo había recorrido, al menos, dos veces al día. Aquel edificio de fachada enladrillada se había convertido en el nuevo hogar de mi padre y, por lo tanto, prácticamente también en el mío. Su pronóstico había empeorado tanto que ya lo único que se podía hacer por él era proporcionarle cuidados paliativos, evitar su dolor en la medida de lo posible y hacer de sus últimos días los más cómodos.

Nada más cruzar la puerta de entrada, Isabella me saludó con su sonrisa habitual. Correspondí con un «buenos días» y me adentré en el pasillo en busca de las escaleras que comunicaban la planta baja con el piso superior. Caminé hasta la habitación número 23 y llamé a la puerta. Un «adelante» me hizo saber que mi padre estaba visible y podía entrar. Estaba terminando de rebañar un yogur que le habían llevado para desayunar. La verdad es que, por suerte, su aspecto no se correspondía para nada con cómo estaba su cuerpo por dentro según los informes. Sonreí mientras lo observaba: era como un niño pequeño que no se quedaba conforme hasta que comprobaba que había desaparecido la última gota del cremoso del envase y se entretenía haciendo el típico ruidito molesto con la cucharilla. Dejé el bolso en el sillón que usaba

siempre que lo visitaba y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—He sido buen paciente, no tienes de qué preocuparte.

—Así me gusta, que te portes bien —dije, y ambos reímos—. ¿Preparado para tu paseo matutino?

Él asintió y le ofrecí el brazo para que se apoyara y lo utilizara para poder levantarse de la cama. Las sesiones de quimioterapia habían ido mermando su fuerza poco a poco, y mi padre cada vez se encontraba más débil. Lo único que esa porquería no había conseguido quitarle era su optimismo, su capacidad de seguir brindándome sonrisas aun sabiendo que su tiempo estaba llegando a su fin. Era algo que admiraba y envidiaba a la vez: su capacidad de encontrarle el lado bueno a todo siempre; porque yo no podía, por más que lo intentara.

Lo ayudé a sentarse sobre la silla de ruedas que tenía a su disposición, lo abrigué con una chaqueta gruesa, puse una manta sobre sus piernas y le tendí su gorro y unos guantes de lana. Saqué solo el móvil del bolso para guardármelo en el bolsillo de mi abrigo y empujé la silla para ir hasta el ascensor.

—Buenos días, Matt. ¿Cómo te encuentras hoy?

Una de las enfermeras que cuidaban de él, Melanie, nos saludó antes de dejarnos entrar primero en el cubículo. Mi padre le sonrió antes de contestar:

—Hecho un chaval, ya me conoces.

—Por supuesto —coincidió ella—. Disfrutad del paseo, no sabemos cuánto nos durará el sol.

—Gracias, Mel.

—Hasta luego, Olivia —se despidió al llegar a la planta baja—. Luego paso a verte.

—Quizás podamos tener esa cita pendiente hoy —comentó mi padre, haciendo reír a la mujer.

—Ya veremos, Matt.

—Eres único, papá —dije y negué con la cabeza a la vez que salíamos del ascensor.

—Si la hubiera conocido hace un par de años, ya estaríamos casados —aseguró, y yo no pude evitar soltar una carcajada.

Durante los pocos metros que nos separaban de la calle, mi padre no paró de saludar a todo el personal con el que nos cruzábamos. Era una persona sociable que siempre tenía buenas palabras para todo el mundo y se hacía querer. Me consolaba, en cierta forma, que hubiera hecho de aquel sitio algo parecido a un hogar.

En cuanto las puertas se abrieron, un ligero viento nos dio en la cara. El sol no calentaba en absoluto, pero me gustaba sacarlo a tomar el aire y que no pasara tantas horas encerrado entre las cuatro paredes de su habitación. El Royal Trinity Hospice tenía unos jardines muy bien cuidados, con setos verdes y amplias zonas de césped. Caminé, empujando la silla, hasta el que se había convertido en nuestro sitio favorito del jardín: un banco de madera frente a un pequeño estanque con peces.

—Cuéntame, ¿algún cotilleo nuevo?

Y esa era la rutina que habíamos adoptado desde que había ingresado en la residencia. Yo iba a visitarlo a primera hora de la mañana o a última de la tarde, dependiendo del horario que tuviera en el pub, lo sacaba a pasear y hablábamos tranquilamente allí sentados hasta que tenía que marcharme. A veces, recordábamos momentos de mi infancia; otras, le encantaba escucharme contar historias del bar o cotilleos de mis compañeros. Y yo estaba encantada de que eso le pareciera suficiente para no pensar en la enfermedad que lo consumía.

Más o menos una hora después, regresamos al interior. Mi turno empezaba al mediodía y no quería llegar tarde. Nos despedimos con la promesa de que conseguiría algo de información nueva sobre Ashley y ese chico nuevo al que había conocido por Internet.

Al salir del edificio, puse rumbo a la parada de metro más cercana. Con la música resonando en mis oídos, el trayecto de casi treinta minutos hasta Tottenham Court Road no se me hizo largo. Subí las escaleras mecánicas a pie y caminé con paso decidido hasta la salida. Tras callejear durante un rato, al fin divisé The Nimble Beagle.

El pub hacía esquina con la entrada principal, ubicada en Great Queen Street. Era un local bastante espacioso, con la fachada pintada de verde oscuro y con grandes ventanales. Su interior —como no podía ser de otra manera— era el típico de los cientos de pubs que había repartidos por toda Gran Bretaña, con un claro estilo victoriano y una luz muy tenue. La barra de madera presidía el lugar con un montón de grifos que

ofrecían una gran variedad de cervezas. Tras ella, la vitrina exhibía distintas botellas de alcohol y vasos de cristal apilados. Y, obviamente, delante de la barra se colocaba una fila de banquetas para quien prefiriera tomarse su pinta allí y conversar con los camareros. También había espacios de mesas y sillas de madera oscura ideales para ir a tomar algo con amigos, tener una cita o cenar con la familia. En el techo, una bandera de Reino Unido no dejaba lugar a dudas de dónde te encontrabas, el suelo lo formaban baldosas negras y blancas como las de un tablero de ajedrez y las paredes estaban decoradas con cuadros de perros de todas las razas —haciendo honor al nombre del bar— colgados sobre el papel pintado azul oscuro con motivos de hojas. The Nimble Beagle era un lugar acogedor, y su ubicación en una zona cercana al Museo Británico y a varios teatros hacía que nunca nos faltaran los clientes.

—Buenos días, Riley —dije tras empujar la puerta de entrada. Él me saludó desde la barra, secando un vaso con cuidado.

—¿Cómo está tu padre? —inquirió. Me encogí de hombros como respuesta.

—Sigue igual, ya sabes, no hay mejoría posible. Simplemente, no ha empeorado.

—Lo siento, Ol. Ya sabes que...

—Sí, sí —lo interrumpí—. No hace falta que lo digas. ¿Necesitas ayuda aquí o me encargo de ordenar el almacén?

—Ha llegado el pedido hace un rato, y ya sabes cómo odio colocarlo todo...

—Al almacén entonces.

—Gracias.

—Me lo cobraré, no te preocupes. Y llámame cuando esto empiece a llenarse.

Riley me guiñó un ojo a la vez que me dedicó una sonrisa amable. Fui al pequeño cuarto donde dejábamos nuestras pertenencias. Me deshice del abrigo y del bolso y cambié la camiseta que me había puesto por el polo de color azul marino con el logo del pub y una placa con mi nombre. De camino al almacén, me asomé por la ventana que daba a la cocina —y por la que salían los platos una vez listos— para saludar a Charlie, nuestro cocinero, y a Steven, el ayudante de cocina. Después de intercambiar un par de frases con ellos —que se interesaron por el estado de salud de mi padre, como hacían cada día—, me puse manos a la obra.

En aquella estancia reinaba un poco el caos: había varios paquetes con botellines de refrescos, algunas marcas de cervezas embotelladas y paquetes con botellas de agua apilados unos encima de los otros a la espera de que los colocaran en el lugar que les correspondía. La tarea no me llevó más de una hora, así que acudí a la barra para poder echar una mano con las comandas al jefe. Un poco más tarde, llegaron Ashley y Jack para empezar su turno, coincidiendo con las horas de más jaleo en el pub: el momento en que la gente salía de sus trabajos y lo que más les apetecía era tomarse un par de pintas y dejar a un lado los problemas laborales.

Atravesé de nuevo la puerta de The Nimble Beagle

cuando acabó mi jornada, unas ocho horas después. La temperatura había caído considerablemente y me apreté más la bufanda alrededor del cuello. Estaba cansada mental y físicamente y solo podía pensar en que el trayecto en metro acabara cuanto antes para poder meterme en la cama.

Capítulo 2

Nate

Daba igual el día de la semana, Max no perdonaba su paseo a primera hora de la mañana por los jardines de Kensington. Solíamos rodear el palacio que fue residencia de Diana, donde a él le encantaba ladrar para llamar la atención de toda la gente con la que nos cruzábamos. De lunes a viernes, el recorrido no duraba más de cuarenta minutos, pues mi querido amigo no tenía el fondo físico para aguantar mucho más y yo tenía que ducharme y desayunar antes de poner rumbo al estudio de arquitectura en el que llevaba trabajando unos cuantos años. En cambio, los fines de semana, cambiaba nuestra ruta para hacerla un poco más larga y, sin ninguna prisa, llegábamos hasta la estatua de Peter Pan, descansábamos a ratos sentados en algún banco y dejaba que Max jugara con los niños que se acercaban a acariciarlo.

—Viernes al fin, compañero —dije entrando en el edificio.

Antes de cerrar la puerta de mi apartamento, limpié con cuidado las patas de Max para que no llenara todo el piso del barro que había ido recolectando. Rellené el cuenco de agua y lo dejé en su sitio, sobre el suelo de la cocina. Él se acercó rápidamente —con toda la velocidad que su cansancio le permitía— para saciar su sed. Le acaricié la cabeza durante unos segundos y fui hasta mi habitación. Me deshice de la ropa de deporte que utilizaba para salir a pasear con Max y de las deportivas antes de meterme bajo el agua caliente de la ducha. No tardé mucho en arreglarme: cogí unos pantalones de vestir azul marino y una camisa blanca; me anudé una corbata sencilla alrededor del cuello y me calcé los zapatos que solía usar y había conseguido que no me hicieran daño. Me peiné el flequillo hacia arriba y me eché un poco de colonia antes de ir a la cocina para tomarme una taza de té con leche y un par de tostadas. En cuanto terminé de desayunar, me puse una americana y encima un abrigo antes de coger unos guantes que imitaban a la piel y el maletín con los documentos que necesitaría a lo largo del día.

—Luego nos vemos, colega. Pórtate bien.

Max me contestó con un pequeño ladrido antes de caminar hasta su lugar favorito de la casa: la manta que usaba como cama en el suelo del salón. Cerré la puerta con llave y bajé los tramos de escaleras que separaban mi apartamento del tercer piso de la calle. No usaba el coche para ir a trabajar porque aparcar era una tarea imposible; así que mi pequeño

se quedaba plácidamente en Palace Court mientras yo tenía que subirme al metro hasta Chancery Lane.

El estudio de arquitectura se encontraba en la cuarta planta de un edificio de estilo moderno. Era un apartamento amplio, con grandes ventanales para que entrara la luz cuando el sol decidía hacer una visita a la capital inglesa y sin muchos tabiques que lo dividieran. El espacio diáfano hacía que todos los que trabajábamos allí lo hiciéramos realmente como un equipo y conseguía que estuviéramos cerca los unos de los otros cada vez que surgía cualquier cuestión que compartir. A excepción de nuestro jefe, que, evidentemente, sí tenía un despacho para tratar los asuntos más importantes de la empresa.

Mi mesa estaba ubicada cerca de una de las ventanas y me encantaba poder apartar la vista del ordenador o de los papeles que tuviera entre manos en aquel momento para desconectar unos segundos mirando a través. Me dirigí allí en cuanto entré, dando los buenos días a todo con el que me crucé. Dejé el abrigo colgado del perchero, saqué los documentos que necesitaba para trabajar de mi maletín, los puse sobre la mesa y busqué mis gafas antes de ponerme manos a la obra.

—Deja esto un minuto y préstame atención.

Rachel apareció en mi campo de visión. Puso una mano sobre los papeles, tapándolos, para apoyarse sobre la mesa.

—Buenos días a ti también, Rach. —Esbocé una sonrisa fingida. Si mi amiga quería mi atención, algo estaba tramando.

—Déjate de formalidades, nos conocemos desde hace demasiado. Esta tarde vamos a ir al pub a tomar algo cuando salgamos de aquí. Derek, tú y yo, ¿no te parece un planazo de viernes?

—¿Tengo que ser sincero?

—No hace falta.

—¡Es un plan genial! Lo que más me apetece en el mundo —exageré, y ella rio.

—¡Misión cumplida, Derek! —gritó para que nuestro amigo la escuchara desde el otro lado de la oficina. Bueno, él y todos los demás. El rubio alzó el pulgar, dando su visto bueno—. Y ahora a trabajar, vaguete.

—¡Pero si me has atacado nada más llegar! —protesté.

Rachel dio media vuelta tras lanzarme un beso para ir a ocupar su puesto de trabajo y dejarme para que me pusiera con todo lo que tenía que hacer aquel viernes de octubre.



Faltaban unos minutos para las seis de la tarde cuando los tres salimos del estudio de arquitectura. Estaba anocheciendo y las luces de las farolas eran las que alumbraban la calle. Me dejé guiar por ellos hasta el pub donde solían ir a tomar algo casi todos los días después del trabajo —yo solamente me había unido a ellos algún viernes que, como ese día, Rachel había decidido no dejar que me fuera

a casa a disfrutar de una serie con cerveza y palomitas. Tras un breve paseo, llegamos a la esquina donde estaba The Nimble Beagle. Derek abrió la puerta y dejamos que Rachel entrara primero. Echó un vistazo al local y eligió una de las pocas mesas bajas que tenían sofá en vez de solo sillas. Por supuesto, ese fue el sitio en el que plantó su culo y todas sus cosas —abrigo, bufanda y bolso. Derek y yo preferimos la comodidad de las sillas. Colgamos en el respaldo los abrigos y me dirigí a la barra a pedir. Dos chicas jóvenes estaban atendiendo a los clientes, la del pelo castaño se acercó hasta donde yo estaba y me saludó con amabilidad.

—¡Hola! —contesté—. Tres pintas de London Pride, por favor.

—Ahora mismo.

La muchacha me dio la espalda para coger tres vasos de cristal de la estantería y los llevó hasta los grifos de cerveza para llenarlos hasta arriba.

—Aquí tienes. Son 18 libras.

Pagué con tarjeta aquella ronda y, con más destreza de la esperada, conseguí hacer llegar los vasos hasta la mesa donde me esperaban mis amigos sin derramar su contenido. Rachel me recibió con una pequeña ovación y un aplauso que me hicieron reír. Tomé asiento y brindamos antes de beber el primer sorbo.

—Bueno, vamos al grano —dijo ella tras volver a dejar el vaso sobre la mesa. La miré con el ceño fruncido sin saber a

qué se refería—. Cuéntanos, Derek. ¿Has descubierto algo más?

—Aún no. Como detective, soy pésimo —admitió—. Y lo de cogerle el móvil me parece ir demasiado lejos.

—Él no parece tan considerado contigo.

—A ver, un momento —intervine—. ¿Podéis explicarme de qué va esto? Estoy muy perdido.

—Lo sabrías si hicieras esto más a menudo. —Rachel gesticuló con las manos en el aire, señalando las cervezas. Le saqué la lengua en un gesto infantil y miré a mi amigo, esperando que él tuviera una mejor respuesta a mi pregunta.

—Es Bryan. —Suspiró—. Creo que me está engañando. Últimamente está muy raro, me esquivo y sus excusas cada vez son menos convincentes —confesó.

—Vaya... lo siento, tío.

—Lo que tiene que hacer es pillarlo *in fraganti* —resolvió la chica—. Y así no tendrá escapatoria para confesar.

—Un plan genial, Rach —dije—. Muy maduro todo.

—Tú calla —ordenó—. No veo que a ti te vaya mucho mejor con el género femenino.

—Me pregunto si en algún momento del día de hoy dejarás de atacarme.

—Eres un blanco demasiado fácil, Nate. Pero te quiero, y lo sabes.

Me lanzó un beso; a la vez guiñaba el ojo izquierdo, y negué con la cabeza.

—¿Qué propones tú? —me preguntó Derek.

—Pues que os sentéis a tener una conversación como adultos.

—Sería lo mejor. Eso si soy capaz de hacer que quiera quedar conmigo.

—Sois un par de aburridos —declaró Rachel.

Los dos nos miramos y nos encogimos de hombros, haciéndole saber que, si quería insultarnos con su comentario, no lo había conseguido, y nos echamos a reír los tres.